NÚM. 25. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 23 DE JUNIO DE 1861. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.

Dentro de pocos dias, segun nos han anunciado, van á caer demolidas, no sabemos cuántas casas de Madrid; pero todas las necesarias para ensanchar dos largas calles: la del Arenal no sabemos hasta dónde, y la de Preciados hasta el Postigo de San Martin. Los vecinos de todas estas casas ya no sueñan mas que con piquetas y albañiles, y temen que el mejor dia y en lo mejor de su sueño se les presente á las seis de la mañana la figura enyesada de uno de estos demoledores de la sociedad, gritándole: ¡arriba vecino, que le voy á demoler á usted! La fiebre de la demolicion y de la reconstruccion que creíamos circunscrita á París, ha invadido ya la capital antigua de las Españas, y el escelentísimo ayuntamiento trata de ponérnosla como nueva. Cada dia asoma por las columnas de la prensa un proyecto diverso para nuevas y mas estensas demoliciones seguidas de sus correspondientes planos de construccion y adorno. Aquel famoso plan del ministerio Moyano para ensanchar á Madrid por todas partes y hacer de él un paraiso, no ha caido en saco roto. Recoletos se unirá con la Direccion de Infantería: se abrirá una gran calle que vaya á parar á las Salesas; y en la parte que ocupaba el Canal se dejará un lindísimo paseo para carruajes, prolongándose hasta aquel sitio el de las Delicias y convirtiéndole en otro *Bois de Boulogne*.

No sabemos si nuestros lectores recordarán una de las grandes escelencias del plan del ministerio Moyano. Era esta que descrita la circunferencia de Madrid con el grande ensanche que pensaba dársele, y á fin de que una vez ensanchada la capital, los intereses de la hacienda no quedasen defraudados, se hiciese alrededor una ancha y profunda zanja, dejando solamente las entradas necesarias para que nada pasase al interior sin ser oportuna y convenientemente resgistrado y sin satisfacer los derechos de puertas.

Esta medida previsora es tambien con la demolicion una de las primeras, que segun dicen los periódicos, van á adoptarse por la celosa municipalidad para el mayor provecho de sus administrados. Se procederá inmediatamente no solo á demoler edificios, sino á escavar la profunda zanja de que hemos hablado, y cuando al cabo de cincuenta ó sesenta años Madrid se encuentre ensanchado y reformado por todas partes, esta zanja demostrará á nuestros nietos que sus abuelos tuvieron siempre presentes, antes de pensar en los suyos propios, los intereses del fisco.

Algunos dirán que acaso dentro de cincuenta ó sesenta años no existirán los derechos de puertas, y que por consiguiente la zanja será inútil. No es válida esta objecion; en primer lugar, dudamos mucho que los derechos de puertas se acaben antes de sesenta años, porque hemos observado que en este fértil suelo todo lo que son contribuciones de cualquier especie se arraiga y florece: en segundo lugar, si lo que no es probable los derechos de puertas hubiesen desaparecido para cuando Madrid se halle ensanchado, todavia no seria inútil la zanja como se cree, pues podria aplicarse á la siembra de espárragos por cuenta del ayuntamiento ó á cualquiera otro uso igualmente productivo.

Al fin ha venido el verano, cuya llegada nos tenia con cuidado, pues observando que iba entrando junio y que el tal verano no venia, temimos que le hubiera pasado algun mal suceso en el camino, ó que hubiera sido mandado recoger por atrevido, caluroso y descompuesto. Ha venido y han comenzado las tertulias en el Prado al aire libre, y los bailes y saraos en el Elíseo Madrileño. Este jardin, punto habitual de reunion de una numerosa y alegre juventud que tiene delante de sí dilatadas carreras en el comercio, en la milicia, en las artes y en las modas, acogió en su seno el martes á una lucida aristocracia, convocada por la junta de damas que cuidan de la educacion de los niños pobres. El Elíseo merecia aquella noche su nombre como mansion agradable llena de atractivos para el corazon y para los sentidos. Las damas directoras de la fiesta se escedieron á sí mismas en el gusto de los adornos campestres; y las que llevaron su tributo á la benéfica obra, recogieron tambien los acostumbrados tributos de admiracion que sus gracias merecian. Suponemos que no será esta la última reunion á que se convoque.

Han comenzado en el teatro de Lope de Vega las obras para convertir aquel local en un café lírico, á imitacion del establecido en Capellanes, y que tantos productos está dando á su empresa. Cuéntase que el nuevo establecimiento se compondrá de dos partes, una esterior para la cual se utilizarán el café actual y su entrada, y otra interior que incluirá el teatro, reformado de tal manera, que durante las representaciones puedan los concurrentes tomar las bebidas que deseen. La orquesta y los artistas dicen que serán escogidos.

Suponíase que el teatro del Circo estaba destinado tambien á ser demolido como otros muchos edificios de Madrid; pero ayer se nos anuncia que Arjona lo ha tomado en arrendamiento para la próxima temporada. Celebraremos que esta noticia sea cierta y que este actor inteligente logre formar una compañía digna de la capital de España, cosa no tan fácil como parece, no por falta de buenos artistas, sino por los obstáculos que se presentan á todo empresario para conciliar pretensiones y evitar rozamientos.

Se representó en efecto en Novedades, como decíamos en la última revista la *Hija de Despeñaperros*, escena cómico-lírica, desempeñada en su parte principal por la Zamacois. La tal escena es un juguete sin pretensiones, que agradó por lo mismo, y sobre todo por la gracia con que la Zamacois supo ejecutar su papel. Y á propósito, desearíamos ver á esta estimable actriz ajustada en la temporada inmediata; el público ganaria y creemos que tambien la empresa que la ajustase. Creíamos al principio que se habia retirado á la vida privada; pero pues que ha vuelto á presentarse en público, no debe tener repugnancia en aparecer de nuevo en la escena donde tantos triunfos ha alcanzado.

La Matilde y Romea se están por las provincias, sin querer por lo visto venir á Madrid, donde el público les ha dispensado siempre tan favorable acogida. Lo sentimos porque ambos son de lo mejor que tenemos en el género; y si bien no iríamos hasta el estremo de llorar su pérdida, creemos que las empresas deben hacer un esfuerzo por atraerlos. Sin duda su ausencia se debe á alguna lamentable equivocacion de una y otra parte: pero ¡qué diablo! todos hemos errado, por lo mismo que el error es inseparable de la triste humanidad, de cuyas faltas no se eximen ni aun los artistas eminentes.

El señor Iturriaga, militar muy entendido, ha practicado con buen éxito los ensayos de una batería portátil, con la cual cada soldado de infantería puede disparar quince tiros á la vez. ¡Dios nos asista! Con quince tiros á la vez disparados por cada soldado en el tiempo que ahora se tarda en disparar uno, la fuerza de los ejércitos se multiplica por quince. ¿A dónde vamos á parar

con estos inventos? ¿No bastan las pulmonías, los pronunciamientos, las tisis, y todas las plagas que nos afligen; no bastan los curanderos, los saludadores, los arbitristas, sino que todavía hemos de inventar un medio de despachar mucha gente y en poco tiempo al otro mundo, una especie de cólera-morbo ó fiebre amarilla artificial? ¡Señor, señor! ¿no hay quién invente un salvavidas? ¿No hay quién nos dé medio de *blindarnos* desde la cabeza á los piés?

No por eso desconocemos el mérito de la invencion del señor Iturriaga. Si nos hemos de matar en nuestras relaciones internacionales, el ejército de aquella nacion que represente mas fuerza, será el que obtenga la victoria.

En Barcelona se ha abierto una suscricion nacional para poner al señor Monturiol en disposicion de construir un ictíneo en grande escala. Aprobamos la idea, y desearíamos que se formase una sociedad por acciones, emitiéndose un número doble del que se juzgase necesario para la construccion de un buque. Creemos que con dos mil acciones que se emitiesen á 5,000 reales cada una, ó vice-versa cinco mil acciones á 2,000 reales, se reuniria lo bastante para un buque sobresaliente. El pago de estas acciones podria hacerse en plazos, y no dudamos que la suscricion quedaria cubierta en poco tiempo.

Aunque los despachos telegráficos hablan de haberse roto ya las hostilidades en los Estados-Unidos entre las dos partes beligerantes, todavía no hemos recibido noticia de ningun encuentro formal y de consecuencias. Unos y otros se preparan para caer sobre sus enemigos con fuerzas formidables. Hemos dado el retrato de Mr. Lincoln y unos breves apuntes biográficos: hoy damos el de Mr. Jefferson Davis elegido presidente por la confederacion del Sur. El general Davis fue en su juventud diputado del Misisipi en la cámara de representantes y luego en el Senado. Cuando en 1846 estalló la guerra de Méjico, tomó parte en la lucha distinguiéndose entre sus compatriotas voluntarios por haber tenido estudios y educacion militar y haber servido en el ejército. Casado con la hija del general Taylor, sirvió á sus órdenes en esta campaña distinguiéndose en varios encuentros; de suerte que cuando Pierce fue elegido presidente en 1853, le nombró ministro de la Guerra. En este destino ejerció grande influencia en la administracion, en el gabinete y en el ánimo del mismo presidente, siendo el principal promovedor de la política favorable al mantenimiento de la esclavitud. Salió del ministerio cuando Mr. Buchanam fue elegido presidente; y el Estado del Misisipi le nombró de nuevo senador. En esta situacion permaneció desempeñando las funciones de su cargo, hasta que la eleccion presidencial de Mr. Lincoln atrajo la separacion del Estado que representaba. Entonces el general Davis dejó su puesto de senador y acudió á Montgomery capital de su Estado donde reunida la confederacion del Sur le señaló para ocupar la presidencia de su combatido y naciente poder.

Dentro de poco sabremos si sus dotes de gobierno y sus prendas militares y políticas corresponden á las esperanzas de los que le han elegido.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ISLA DE SANTO DOMINGO.

DESCRIPCION GEOGRAFICA.

SITUACION DE LA ISLA.—DISTINTOS NOMBRES QUE HA RECIBIDO.—MONTAÑAS.—PICO DE CIBAO.—NATURALEZA DE LAS MONTAÑAS.—ASPECTO DE LA ISLA.—ISLAS ADYACENTES.—LLANURAS.—VALLES.—CORRIENTES PRINCIPALES.—CALIDAD DE SUS AGUAS. CLIMA.—BRISAS.—ESTACIONES.—LLUVIAS.—PRODUCCIONES.—BOSQUES.—PÁJAROS.—CUADRÚPEDOS.—PECES.—HURACANES.

El justo interés, que la isla de Santo Domingo, en este momento nos inspira, se acrece por la consideracion de haber sido la cuna de la cultura europea allende el Atlántico. A la vista de sus pintorescas montañas, de sus risueños valles, de sus siempre verdes colinas, recordaron los atrevidos aventureros, que con audacia hasta entonces desconocida, se habian lanzado al través de mares ignorados, la feraz campiña de la alegre Andalucía, y saludaron aquella tierra, que parecia surgir del seno de los mares, con el nombre de isla Española.

Hasta entonces solo habian contemplado en su penosa navegacion, pequeños islotes, puntos avanzados que prometian un nuevo continente. Todas las esperanzas, todos los deseos, todas las aspiraciones, se dirigian hácia un país de desconocidas riquezas. Las escarpadas crestas del Cibao, que domina toda la isla como un inmenso gigante, parecian prometer abundante satisfaccion á las mas exageradas exigencias de la codicia, y los impertérritos marinos, que habian despreciado tan grandes peligros, no quisieron volver á su patria, sin haber tomado posesion de aquella rica joya, sin enarbolar en sus playas el pendon de Castilla, sin levantar en la meseta de una de aquellas verdes colinas, un fuerte; punto de apoyo para ulteriores esploraciones.

Este fuerte con sus reductos de tierra, con sus torres de troncos entrelazados entre sí, y sus desiguales almenas, por donde asomaba la boca de algun pedrero, y en que de vez en cuando se veian brillar, á favor de los ardientes rayos de un sol tropical, el cañon de algun mosquete ó la aguda punta de alguna pica, fue el primer establecimiento que los europeos fundaron en el Nuevo Mundo. Santo Domingo puede disputar á las demás islas de aquellas apartadas regiones, el privilegio de haber sido la primera en ofrecer hospitalidad á los descubridores de ambas Américas; ¡pero cuán caro les costó tan triste privilegio! La historia con su inflexible lógica, con sus elocuentes lecciones nos demuestra que los paises que cuentan con mas elementos de prosperidad y bienestar, suelen ser los mas desgraciados.

Está situada la isla entre los 17°, 43′ y los 19° y 58′ de latitud setentrional y entre los 70°, 3′ y 76°, 58′ de longitud occidental, estendiéndose ciento setenta leguas de Norte á Sur, y pudiendo calcularse su mediana anchura en treinta leguas. La sinuosidad de sus contornos la multitud de bahías, obras y puertos estiende la longitud de sus costas á la respetable cifra de cuatrocientas leguas.

Recibe la isla de Santo Domingo distintos nombres. Sus primitivos habitantes la nombraban al aparecimiento de los primeros españoles *Quisqueia* ó *Haiti*, el primer nombre que significa *tierra grande*, indicaba que era una de las mayores islas de aquel archipiélago, segun la creencia de sus habitantes, creencia que despues la esploracion del mar de las Antillas ha confirmado, y el segundo que quiere decir *tierra montañosa*, está en completa canformidad con la topografía de la isla.

Su posicion en el mar de las Antillas no puede ser mas ventajosa, pues parece estar destinada por el Criador á ser el lazo que las una; por eso desde la punta estrema del cabo Tiburon, que la termina por el Sudoeste, hay solo treinta leguas hasta la Jamaica, entre el cabo Espada, que es el estremo oriental y Puerto-Rico, no median mas que diez y ocho leguas, y solo doce desde el cabo San Nicolás hasta el estremo oriental de la isla de Cuba. No es de estrañar pues que Colon, considerase á Santo Domingo como el centro de sus descubrimientos, hasta que encontró el continente, y que estableciese allí el primer establecimiento, la colonia madre de todas las demás.

Rodean á Santo Domingo multitud de islas pequeñas, algunas de las cuales, sin embargo merecen no pasarse completamente en silencio. Tales son la Saona, Beata, Santa Catalina, Alta-Vela, isla de las Vacas y la Tortuga, asilo por mucho tiempo de los hermanos de la costa.

Lo primero que llama la atencion al aproximarse á la isla de Santo Domingo, es su aspecto montañoso y los elevados picos que la dominan.

Siguen la direccion de Este á Oeste las dos principales cadenas de montañas, que á igual distancia de las costas Norte y Sur recorren toda la isla, si bien no con perfecto paralelismo, sirviendo como de enlace de aquel espeso urdimbre, cordilleras subalternas, que estendiéndose en diversos sentidos, dejan entre sí profundos y feraces valles, que contrastan de un modo admirable con la desnudez de las crestas mas elevadas, algunas de las cuales, no presentan vestigios de vegetacion. Elévanse estas montañas á medida que se alejan del Este, en progresion sensible por espacio de cuarenta leguas: aquí este asunto se detiene de repente, como si hubiera contribuido á ello una causa que queda desconocida para la ciencia geológica; siguiendo al mismo nivel por algun tiempo, hasta que en el estremo occidental complicase de nuevo el sistema, reúnense en un mismo núcleo las diversas ramificaciones, sobreponiéndose unas montañas á otras, y dominando todo aquel agreste conjunto el pico de Cibao, tan célebre por sus entrañas de oro.

La naturaleza de estas montañas en estremo variada, contribuye á la mayor belleza de la isla. Unas presentan sus crestas escarpadas, en la que solo crecen los vegetales mas rudimentarios, como los líquenes y musgos; otras por el contrario, siempre verdes, ostentan, la galana y lujuriosa vegetacion de los trópicos, y aparecen cubiertas por el colosal cocotero, la caoba, el cedro, el guayacan, el ébano, y otra multitud de árboles de preciosas maderas que seria prolijo enumerar.

Estas montañas, algunas de las cuales pertenecen al sistema primitivo, como lo demuestra su orígen granítico, no son en general muy elevadas sobre el nivel del mar, pudiendo calcularse su altura á cuatrocientas toesas, si esceptuamos las de Cibao, Selle y Hote, que cuentan doble elevacion. La configuracion casi cónica de algunos picos demuestra su orígen volcánico, y si este indicio no bastase, los restos de lava que en algunas partes se perciben, cubiertos apenas por la tierra vegetal, corroborarian este aserto. Sin embargo, no se encuentra ningun volcan en actividad.

Esta aglomeracion de montañas, es causa de que vista la isla desde lejos, aparezca en su totalidad montuosa y escarpada, y solo cuando se acercan las naves, se perciben feraces llanuras, vegas inmensas, que elevándose dulcemente, como las gradas de un inmenso anfiteatro, muestran los tesoros de la mas espléndida vegetacion.

La calidad del terreno varía con frecuencia, de una en otra llanura, y muchas veces tambien en las distintas partes de un mismo valle. En la orilla del mar es algun tanto arenisco en unas partes, pantanoso en otras, y entonces solo le sostienen las flexibles raices de algunos arbustos, que presentan un punto de apoyo á los piés de los que se atreven á atravesar aquellos peligrosos sitios.

La tierra vegetal, que las copiosas lluvias que riegan la isla, hacen descender desde la cumbre de las montañas hasta la profundidad de los valles, contribuyen á su mayor fertilidad. Por eso en medio de las ásperas crestas de agudos picos, encuéntranse con frecuencia feraces campos, que dan una amena variedad al paisaje, con los frondosos árboles de las laderas, con las mieses de las llanuras, por donde aparecen como otras tantas pintadas mariposas, las fragantes flores, esmaltando con variadas tintas las praderas, por entre las cuales serpentean las cristalinas aguas de algun arroyo.

Muchos son los rios que con sus aguas contribuyen á fecundizar la isla, algunos de ellos mas considerables de lo que podia exigirse, atendiendo á la poca estension de su curso. En efecto, de la conformacion misma de la isla, en cuyo centro tienen orígen sus rios, claramente se desprende que no pueden presentar un desenvolvimiento considerable; sin embargo, es mayor de lo que á primera vista aparece, á causa de la sinuosidad de su curso. Corren rápidamente por las montañas, con la fuerza de los mas impetuosos torrentes, y van sucesivamente disminuyendo la celeridad de su marcha, á medida que se acercan á las llanuras, hasta el punto de ser algunos navegables.

El cauce, que es en general profundo, como lo exige la rapidez de sus aguas, se hace mas superficial á medida que se acerca á las costas, motivando esto la tierra que arrastran de las montañas. Pero en vano trataríamos de formarnos una idea aproximada del caudal de estas corrientes, si fuésemos á juzgar por el que presentan en su estado normal. En la estacion de las lluvias, en que parece que se desatan las cataratas del firmamento, los mas insignificantes arroyos se convierten en asoladores torrentes, que destrozan cuanto á su paso se encuentra. Arboles, piedras, viviendas, todo desaparece á impulsos de su terrible furia. Los rios mas caudalosos inundan las llanuras, causando grandes destrozos; pero fecundizando al propio tiempo las tierras, con los despojos que arrastran de las elevadas montañas.

La calidad de las aguas de los rios, considerada como bebida, cambia segun los distintos lechos que atraviesan las sustancias estrañas que á su paso encuentran, y la mayor ó menor rapidez de curso; pero podemos afirmar en general que son mas claras y salubres en las montañas que en las llanuras.

Ademas de la multitud de corrientes mas ó menos considerables, son seis los principales rios que riegan la isla en distintas direcciones. El mas importante de todos si no por el caudal de sus aguas al menos por lamer los muros de la antigua capital de la isla es el Ozama, cuya embocadura forma el puerto de la ciudad de Santo Domingo, y en cuyas aguas buscan las naves un abrigo contra las tempestades y huracanes tan frecuentes en los paises intertropicales.

El Neyba es notable, por la multitud de bocas en que se divide al desaguar en el mar, cambiando al mismo tiempo con gran frecuencia de curso, en la estacion de las lluvias. El Macoris, es el mas caudaloso de todos y presenta un desarrollo de navegacion de mas de trece leguas, distancia considerable si atendemos á la estension de la isla. Además de estos, completan el número de los seis principales que fertilizan con sus aguas la isla Española, el Yaque, que recibe tambien el nombre de Monte-Cristo, que arrastra en sus aguas arenas de oro, debidas á una mina que existe en su nacimiento, el Yuna de rápido curso, en cuyas primeras vertientes se encuentran minas de cobre, y finalmente el Artibonito, que siguiendo la direccion de Oriente á Occidente, es la mas larga de todas las corrientes de la Isla.

De estos rios, los tres primeros desaguan al Sur, los dos siguientes al Norte y el último al Este.

El clima es vario, á causa de la conformacion topográfica de la isla, formada de ásperas montañas, estensas llanuras y profundos valles. En las montañas, es naturalmente menos elevada la temperatura, son mas sensibles los cambios atmosféricos, y se distinguen las estaciones. Rara vez el termómetro llega á los 30°, temperatura que es muy comun en las llanuras y valles. La elevacion sobre el nivel del mar, el estar las tierras mas ó menos espuestas á los vientos alisios, que soplan en aquellos mares con admirable regularidad y las copiosas lluvias son tambien causas que modifican de un modo notable la temperatura. Sin estas causas seria imposible vivir en aquellas latitudes, espuestas, por espacio de algunos meses al año á los ardientes rayos del sol que caen sobre las llanuras perpendicularmente.

Pero lo que sobre todo, contribuye á hacer soportable y aun grato el clima de la isla, son las brisas, que con notable regularidad se hacen sentir, y que dominan con especialidad en las horas de mas calor. El viento Este, es como en las demás Antillas el que reina mas ge-

neralmente, y que recibe en Santo Domingo el nombre de brisa de mar, por oposicion á la de tierra que sopla del interior de la isla. Comienza el Este á soplar de nueve á diez de la mañana aumentando progresivamente á medida que el sol se eleva por el horizonte, disminuyendo de un modo sensible, cuando los rayos del astro del dia pierden su fuerza, y cesando poco despues de la puesta del sol. Entonces esta brisa es reemplazada por la de tierra, que parte de las montañas de la isla. Aunque en este continuo vaiven de las dos brisas, se nota gran regularidad, no hasta el punto que no se observen algunos cambios y alteraciones, máxime en la estacion de las lluvias. Sucede algunas veces, que impera la brisa de mar y entonces sopla con gran violencia, dia y noche, cesando solo durante cortos intervalos, en los cuales no se siente la de tierra. Otra domina esta, y entonces es señal casi segura de tempestades, que parece se originan todas en el centro de la isla, en las elevadas cimas del Cibao.

Las estaciones son apenas sensibles, y solo se perciben dos, la de las lluvias y la seca, el otoño y la primavera, no se hacen sentir en aquellos paises de vegetacion tan vigorosa en que los árboles permanecen siempre cubiertos de hojas y los campos verdes y matizados de flores de mil variados colores. Las lluvias son abundantísimas, y caen siempre sin intermision durante un período mas ó menos largo, ocupando el espacio de mas de cincuenta dias y elevándose algunas veces, aunque raras, al número de mas de ciento, con especialidad en las costas del Norte en que son mas finas y constantes si bien menos tempestuosas. Durante este tiempo se refresca la atmósfera de un modo notable, los arroyos se convierten en asoladores torrentes, los rios salen de madre é inundan las campiñas, destrozando todo cuanto se opone á su paso: los caminos y senderos se ponen intransitables, el aire se oscurece, los árboles inclinan hácia el suelo sus ramas, y á todo esto se añade el fragor del trueno, y el brillo del relámpago, que refleja su luz sulfúrica, en la superficie de los lagos que han reemplazado á las vegas y llanuras. Despues, al cabo de algunos dias, todo cambia de aspecto, el aire se hace mas diáfano, los densos nubarrones que oscurecian el brillo del sol desaparecen, los torrentes, desaguan en los rios el esceso de sus aguas, y estos á su vez como otras tantas cataratas llevan al mar su perenne tributo, y entonces aquellos lagos desaparecen, los árboles enderezan sus hojas, las praderas se cubren de flores perfumadas y todo vuelve á renacer, con la energía inusitada con que se desenvuelve la vida en los paises intertropicales.

Las abundantes lluvias, las continuas brisas, la casi igualdad de los dias y las noches, los arroyos, torrentes y rios, la frondosa vegetacion, finalmente, las espumosas ondas del Atlántico, que rodean aquella tierra como un inmenso cinturon de plata, son causas que contribuyen á templar la atmósfera y hacer menos sensibles los ardorosos rayos de un sol tropical. Esta escesiva humedad que tan beneficiosa es para el clima de Santo Domingo, es sin embargo una de las principales causas de su poca salubridad, reconociendo en ella su orígen la mayor parte de las enfermedades. No obstante, la mortandad no es tan grande como en las demás grandes antillas.

Las carnes, que han de servir de alimento, apenas pueden conservarse con grandes precauciones veinte y cuatro horas, el pan si se quiere hacerle durar por espacio de dos ó tres dias, es menester elaborarlo sin sal ni levadura, como la galleta que se consume en las embarcaciones, y cuesta sumo trabajo el conservar en buen estado los cereales y legumbres para la siembra. Todo entra mas pronto en estado de putrefaccion á impulsos del calor y humedad que predomina, siendo preciso el enterrar los cadáveres á las pocas horas, para evitar los perjudiciales resultados de la corrupcion que se apodera de las sustancias orgánicas.

Es notable la isla además por su estrema fertilidad, que llega á producir mas de tres cosechas al año, apenas sin trabajo alguno. Los indígenas á causa de esto se abandonaban á la mayor indolencia, pues la tierra les producia casi espontáneamente cuanto habian menester para su sustento. Las principales producciones de la isla á la llegada de los primeros españoles, eran el maiz y la carava, de que elaboraban el pan, frutas esquisitas, el algodon con que fabricaban los vestidos de que se servian solamente como un adorno, pues el clima templado de la isla y la falta absoluta de toda nocion de pudor los hacia casi innecesarios, además el cocotero, el anano, el banano y otra multitud de árboles y arbustos, les brindaban con su esquisito fruto. Los impenetrables bosques que abundaban en aquella privilegiada region eran tambien una riqueza que los europeos esplotaron y siguen esplotando todavia: en ellos crecen con robustez solo concebible en aquellas ardientes latitudes, la caoba, el guayacan, el ébano y el cedro, de las que la industria saca gran provecho; así como el candelon, el futete, el roble, el espino y otros innumerables, cuyos nombres no pueden coger en los estrechos límites de una descripcion geográfica. Como si no bastasen los productos indígenas, la próbida naturaleza dotó á aquellos paises de la facultad de producir los vegetales de casi todos los climas, de todas las regiones; de suerte que progresan al lado del café de la Arabia, el cinamomo, la caña de azúcar, el gengibre del Asia, el trigo y el nogal del Africa, en una palabra, las producciones de los mas variados climas, de las mas apartadas regiones.

La fama de esta isla no es tan rica como la flora, no obstante, encuéntranse en sus bosques innumerables pájaros matizados de mil variados colores, y que rivalizan con su canto con el ruiseñor de nuestras florestas. Los cuadrúpedos indígenas, eran en general pequeños, como las liebres y conejos de Europa, y fueron en su mayor parte destruidos por los españoles. Los naturales les daban distintos nombres segun las diversas especies á que pertenecian, como *utias*, *chemis*, *coros*, *goschis* y otros varios que servian tambien de alimento. Los rios eran en general abundantísimos en toda clase de pescado, lo que se esplica por su proximidad al mar, cuyas costas abundan en peces de todas clases, en enormes tortugas, en ostras y otras clases de moluscos.

Terribles huracanes, que solo tienen ejemplo en las Antillas, afligen la isla con su soplo destructor. Las costas del Sur están en general mas espuestas á este elemento que las del Norte. Nótase la proximidad del huracan en que el aire se oscurece, el sol adquiere un tinte rojizo y sangriento, las aguas del mar se enturbian y parecen exhalar sulfúricos vapores, cesa de soplar la consoladora brisa y todo queda sumido en la calma y el silencio. Los pájaros, como si presintiesen alguna terrible catástrofe, suspenden sus melodiosos cantos; los cuadrúpedos buscan un abrigo en las hendiduras de las rocas ó en sus escondidas madrigueras. De repente, terribles ráfagas de viento conmueven á los mas corpulentos árboles, que se doblan á su impulso como si fuesen débiles juncos. Las naves surtas en los puertos son destrozadas contra las rocas de la costa, ó arrastradas á tierra; las casas arrasadas desde sus cimientos, y todo parece destinado á perecer. Una lluvia copiosa, acompañada de sulfúricas exhalaciones, sirve de epílogo á tan terrible drama, y al cabo de algun tiempo todo vuelve á quedar en reposo, y sin las terribles huellas que el huracan ha dejado, los aterrados espectadores de aquella escena creerian haber sido juguetes de un sueño.

Tal era la tierra que se aparecia á los admirados ojos de los primeros españoles, que surcaron el Atlántico. Hasta descubrir las costas de Haity solo habian percibido en medio de las aguas pequeños islotes, que desdeñaron tan pronto como pasó el primer asombro, causado por el descubrimiento de tierra. En Haity se fijaron las miras de Colon, que resolvió servirse de esta espléndida isla, como de un punto de apoyo para ulteriores descubrimientos.

M. González Llana

FOTOGRAFIAS DE LA LUNA.

I.

Hay un arte, cuyo desarrollo, segun la locucion predilecta de nuestros dias, es de *actualidad palpitante*, y que por las gigantescas proporciones que va tomando raya ya en lo maravilloso, hasta el estremo de dejar atónitos á aquellos mismos que saludaron, hace apenas treinta años, su humilde advenimiento. Tal es la fotografía.

Imposible se hace mencionar este arte importante, sin hacerlo á la vez de los nombres ilustres de Niepce y Daguerre, cuyos primeros destellos fotográficos encarnáronse sucesivamente, para recibir impulso grande y progresivo, en los Fizeau, los Claudet, los Talbot, los Blanquart Evrart, los Baldus, los Niepce-sobrino, los Humbert de Molard, los Herschell, los Legray, los Bingham, los Cundell y otros mil, cuyos adunados esfuerzos han ido operando de un juguete, á primera vista futil y pueril, un portento cuya sorprendente utilidad se convirtió en medio poderosísimo para la inteligencia del hombre.

Con efecto, todos, sin escepcion, somos testigos cada dia de las producciones artísticas de ese divino Apeles de la naturaleza, llamado luz, á quien, conforme observa cierto autor, no puede tachar la vanidad humana mas que de una sola cosa: «la demasiada exactitud y el rigor inexorable con que reproduce nuestras facciones sin disimular los mas leves defectos.» La rapidez con que este misterioso pincel ejecuta sus obras, solo puede compararse con la sorprendente animacion y verdad con que traduce las formas de las bellezas mas privilegiadas de la creacion.

Pero cuando este arte sublime, engendrado por la luz, llega á una altura verdaderamente prodigiosa, es cuando sus procedimientos empiezan á aplicarse á la astronomía sideral, á fin de hacer bajar hasta el dominio de nuestra débil vista las formas verídicas de mundos situados á millones de leguas distantes de nosotros, copiando á estos con la misma precision y exactitud con que copia los objetos mas cercanos de nuestro globo. Hablamos de la fotografía celeste.

II.

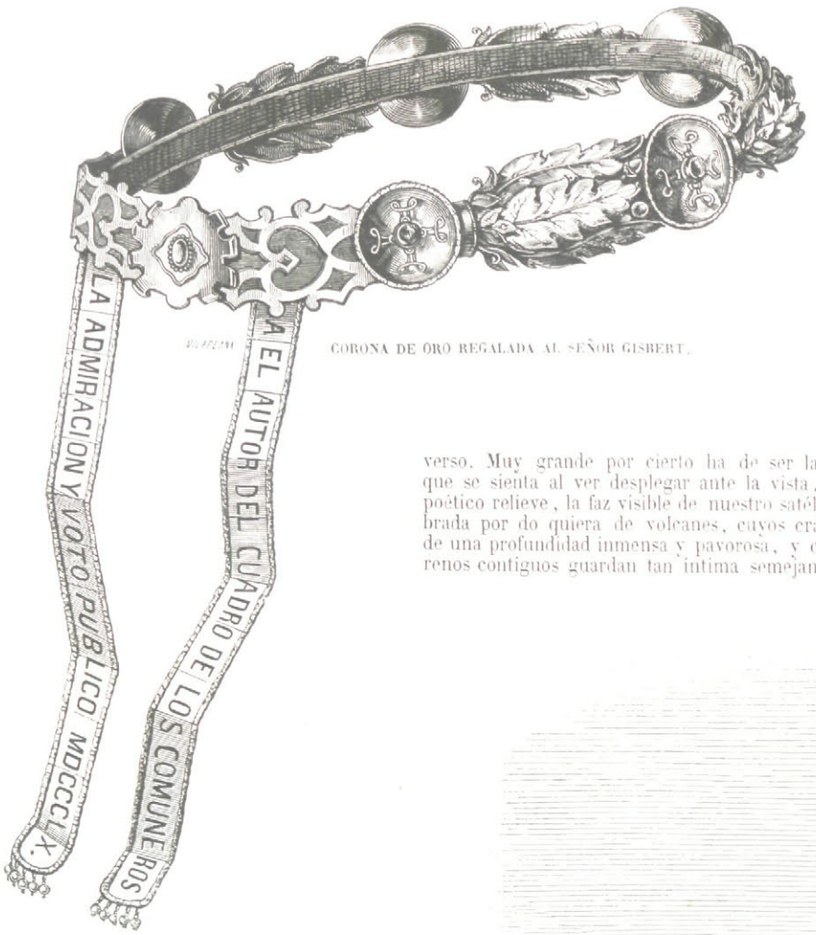
Diez años há que en los Estados-Unidos de América, esa tierra ilustre donde fermentan con creciente rapidez todos los adelantos de nuestra época, un hombre eminente, Mr. Bond, en Cambridge, fue el primero que obtuvo dibujos fotográficos de un cuerpo celeste, dando comienzo por nuestro hermoso satélite, la luna, cuyos melancólicos rayos á tantos vates han inspirado. Estas ingeniosas producciones obtenidas por medio de la colocacion de una placa daguerreotípica en el foco de un refractor de diez y siete pulgadas de abertura, figuraron por primera vez en la esposicion universal de Lóndres, en 1851, escitando la curiosidad y admiracion de todos los amantes del progreso de las ciencias. Allí fue donde, al verlas, Warren de la Rue, quien al presente es uno de los que han llevado á mayor perfeccion esta clase de trabajos, sintió despertar en sí el vehemente deseo de acometerlos con decision y eficacia, siguiendo el luminoso camino abierto por el ilustre americano. En sus primeros ensayos, el astrónomo inglés, se sirvió ya del colodion, poderoso auxiliar fotográfico que empezaba entonces á estar en boga, y á principios de 1853 ya habia obtenido fotografías de la luna, que aunque tomadas en condiciones desfavorables, por no estar su telescopio de reflexion movido por ningun mecanismo motor automático, no por esto dejaban de ofrecer el sello de la mas escrupulosa verdad, pudiéndose admirar sobretodo en ellas, la destreza con que la mano del artista habia obedecido al ojo del observador. Preciso se hace advertir que las fotografías tomadas con el telescopio fijo y en completo reposo, presentaban la gran dificultad de no poder ser uno solo el operador; así es que Warren de la Rue tuvo que asociarse á su amigo Mr. Thornwaite para ejecutar estas muestras de sus primeros ensayos.

Pero una vez montado el telescopio paralácticamente sobre un eje paralelo al de la tierra, á la par que provisto de un mecanismo motor que le obligue á seguir el astro en su carrera, con una regularidad tal, que si se mira á este al través de un ocular micométrico no cese nunca de estar en contacto con el mismo hilo del micometro, en este caso la imágen fotográfica puede ser obtenida por uno solo, reuniendo condiciones que le dan un efecto mucho mas sorprendente de verdad y belleza. Warren de la Rue no tardó en recurrir á este medio mecánico, y en setiembre de 1859 ya presentó á la reunion que celebró en Aberdeen la Sociedad para el adelanto de las ciencias, gran número de fotografías de la luna cuya vista llenó del mayor entusiasmo á todos los concurrentes.

No es esto decir que procediendo de esta manera no se tropiece con dificultades que de cuando en cuando vienen á contrariar el feliz éxito de las fotografías de los objetos celestes; sin embargo las presentadas por Warren de la Rue eran obtenidas con detalles que ocupaban sobre el astro un espacio de menos de dos segundos y cuyas dimensiones se distinguian con la mas límpida claridad. Dos segundos ocupan sobre la placa de colodion nueve céntimos de pulgada, que en la superficie de la luna, á la distancia media de la tierra, equivalen poco mas ó menos á una milla. «Estas pocas cifras, dice el mismo de la Rue, son bastante á probar que hemos ya conseguido mucho, y que si continuamos tomando imágenes fotográficas de la luna por espacio de muchos años, los cambios que puedan sobrevenir en su superficie no podrán de ningun modo ocultarse á nuestra percepcion.»

Warren de la Rue, por otra parte, se contenta con obtener negativas de cortas dimensiones, para sacar de estas, positivas que ensancha de un modo considerable, á fin de producir bellas y escelentes imágenes. Con esto evita prolongar el tiempo de esposicion, dando por consiguiente menos acceso á las perturbaciones atmosféricas. Una de las mas hermosas imágenes que presentó á la citada reunion tenia once pulgadas de diámetro, cuando las obtenidas en el foco de su telescopio miden apenas once décimos de pulgada. Tambien hace uso del telescopio por reflexion, en la íntima creencia de que lleva gran ventaja al telescopio por refraccion, puesto que en aquel todos los rayos llegan al foco en un mismo punto, cosa que no sucede en este, atribuyendo á esta sola circunstancia la superioridad y el buen éxito de sus trabajos. El acierto en la obtencion de una imágen de la luna depende en primer lugar de la sensibilidad del colodion, y además de la altura del satélite y de su faz, variando en estremo el tiempo indispensable á su produccion. Para obtener una imágen instantánea del plenilunio se necesitan á lo menos de dos á cinco segundos; y en el estado creciente, en el primer ó tercer cuarto, en igualdad de circunstancias atmosféricas, el tiempo de esposicion no puede bajar de 20 á 30″, pues si se emplease menos, los detalles del limbo oscuro dejarian de imprimirse, ó no se harian visibles.

Con frecuencia sucede que la fotografía hace visibles detalles que quedarian inadvertidos para nuestra vista. Las partes de la luna situadas cerca del limbo oscuro se fotografian con gran dificultad, y á menudo se necesita seis veces mas de tiempo para obtener las partes iluminadas muy oblicuamente, que para obtener otras partes menos alumbradas, pero de una manera mas propicia. Las regiones elevadas en la proximidad de la parte Sur de la luna se copian con mas facilidad que las regiones bajas llamadas comunmente mares; me atrevo á decir, añade Warren de la Rue, que la luna puede tener una atmósfera muy densa aunque de muy poca altura; y al parecer este juicio recibe alguna confirmacion de



CORONA DE ORO REGALADA AL SEÑOR GISBERT.

una observacion esperimental del R. P. Secchi, que tiende á probar que la superficie de la luna paraliza mas la luz sobre las regiones bajas y en el fondo de los cráteres, que sobre las cimas de los montes donde la polarizacion se hace apenas sensible.»

Diversos hechos en sí muy conocidos, pero de los cuales no tenemos una idea bastante exacta, se evidencian á nuestros sentidos por medio de la fotografía. Hablamos por ejemplo, cada veinte y nueve dias de un plenilunio, y no lo hay completamente visible sino poco antes ó poco despues de un eclipse de luna, pues que en los demás periodos de la luna llena, nos hallamos muy mal situados para descubrir todo su iluminado hemisferio.

III.

Sabido es que la marcha de nuestro satélite en su órbita, varía de continuo segun su mayor ó menor distancia de la tierra, acelerando unas veces y retardando otras su movimiento de traslacion alrededor de nuestro globo. Semejante fenómeno es conocido en astronomía con el nombre de *libracion de la luna*, habiendo sido objeto de profundas investigaciones por parte de los mas ilustres astrónomos. La fotografía celeste no solamente nos hace palpables esos cambios diurnos en longitud y latitud, sino que además se prevale de ellos para tomar vistas de posiciones distintas de la luna, permitiéndonos de este modo disfrutar de un espectáculo que á la par que es maravilla de la inteligencia, ensancha y eleva nuestra alma á una esfera desconocida. Hablamos de las vistas estereoscópicas del mencionado astro.

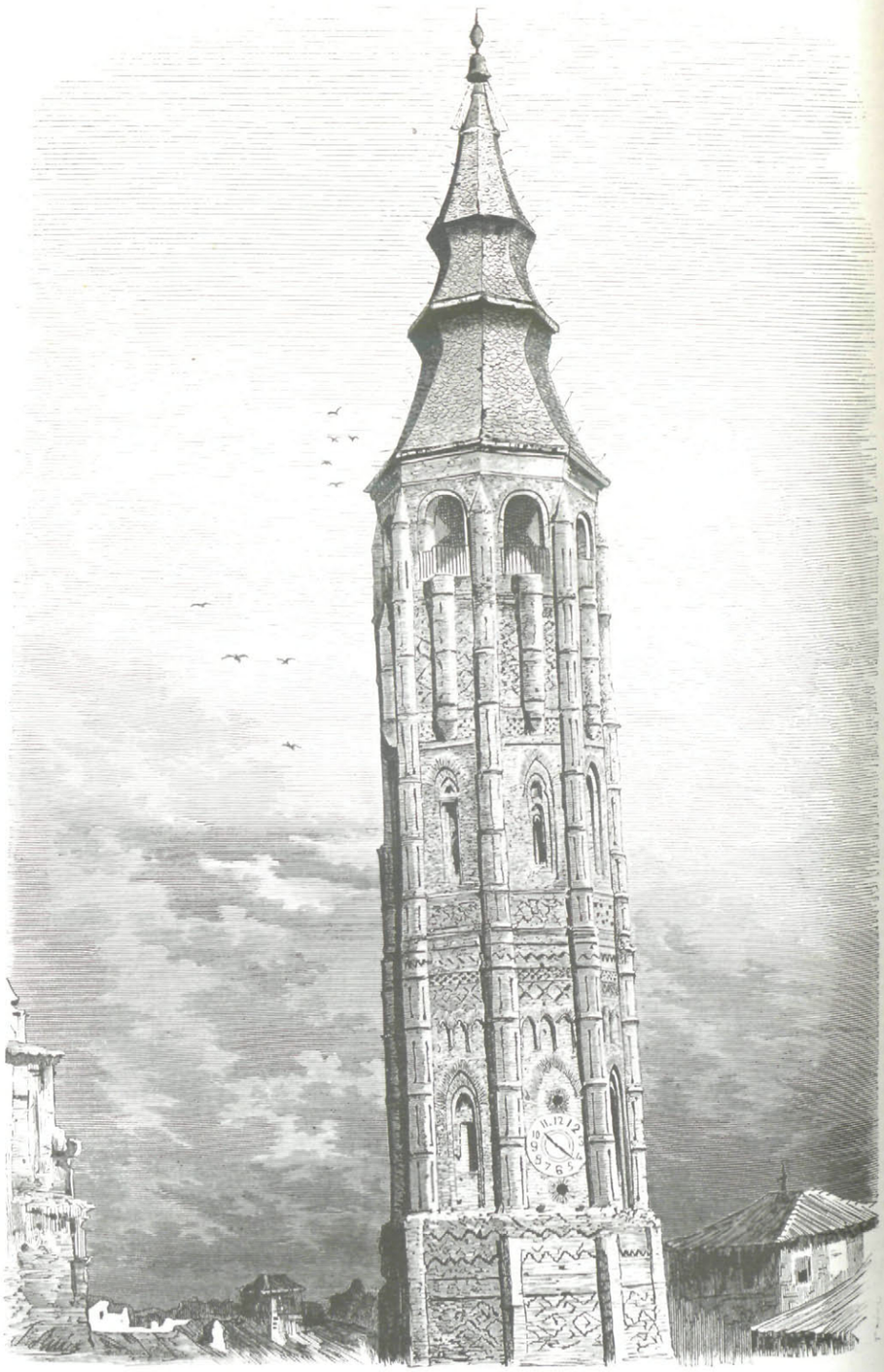
Conocido es de todos el hermoso instrumento óptico llamado estereoscopio, invencion de nuestro ilustre contemporáneo Mr. Wheatstone, modificada y perfeccionada por Sir David Brewster, el cual hoy en dia ocupa un lugar preferente en la mesa de nuestros salones, y por su módico precio se ha hecho accesible á todas las clases de la sociedad. El estereoscopio en primer lugar, sirve para hacer coincidir dos imágenes de un mismo objeto, cuando se dibuja á éste, mirándole ya con el ojo derecho, ya con el izquierdo, y en segundo, tiende á probar que la superposicion de estas dos imágenes produce la sensacion espontánea é irresistible de los relieves y huecos del objeto, ó bien enseña á este tal como es en sí mismo.

Ahora bien; juzgue el lector, que de seguro no lo habrá que alguna que otra vez no haya dirigido su vista á este curioso aparato, cuán maravilloso será el cuadro que ha de ofrecer la imágen de la luna vista con el estereoscopio de Wheatstone, y cuán grande es aquí el triunfo del genio del hombre que poco á poco logra sondearlos al parecer insondables abismos del universo. Muy grande por cierto ha de ser la emocion que se sienta al ver desplegar ante la vista, llena de poético relieve, la faz visible de nuestro satélite, sembrada por do quiera de volcanes, cuyos cráteres son de una profundidad inmensa y pavorosa, y cuyos terrenos contiguos guardan tan íntima semejanza, como observaron todos los astrónomos desde Galileo hasta nuestros dias, con las volcánicas pintorescas comarcas de la Italia, la Sicilia y la Auvernia.

El estudio de la constitucion física de la luna ha adquirido en ello un medio potente de investigacion y puede decirse que el hombre de aquí en adelante, aprisionando, digámoslo así, el traslado fiel de este astro que fue en todos tiempos íntimo compañero de la soledad de sus meditaciones, dentro un leve juguete de cristal, conseguirá resolver hipótesis difíciles y dudosas que tanto consumo de inteligencia hicieran en el palenque de las investigaciones científicas.

Hace ya algun tiempo que el sabio Bulard presentó á la Académia de Ciencias de París un magnífico atlas selenográfico, cuyos dibujos amplificados con el auxilio de la fotografía ofrecen un aspecto prodigioso, puesto que en ellos se pueden observar en conjunto los bellísimos paisajes de la luna, revestidos de una grandeza igual á la que despliega dicho satélite visto con el gran telescopio de Herschell. «En efecto, dice Mr. Faye razonando sobre el citado atlas, nada mas sorprendente que la serie de los intrincados circos de Tolomeo, de Alfonso, de Arzuchel, de Purbach y de Regiomontano que Mr. Bulard ha sabido reproducir con tanta fidelidad en una de sus notables láminas.»

Con solo observar que Hartnux y Warren de la Rue en Inglaterra, el R. P. Secchi en Roma, Foucault y Le Verrier en Francia, además de otras notabilidades



LA TORRE NUEVA DE ZARAGOZA.—(FOTOGRAFIA DE CLIFFORT.)

científicas de diversos puntos de Europa que no recordamos se ocupan actualmente en este importante trabajo, bastará para concebir la marcha rápida y progresiva que á la fuerza tiene que seguir su perfeccion.

No obstante el sensible atraso que en nuestra patria llevan las ciencias que de mas cerca se rozan con el asunto que tratamos, cuando ocurrió el último eclipse total de sol, hemos visto con mucho placer que el físico señor Monserrat, en el Desierto de las Palmas, ha obtenido algunas fotografías del citado fenómeno que han merecido el especial honor de ser comparadas con las que el astrónomo Warren de la Rue sacó del mismo objeto, habiéndose hecho además mencion honorífica de ellas en las principales academias de Europa.

En cuanto á Mr. Bond una prematura y sentida muerte le arrebató á la ciencia, cuando empezaba á ensayarse con feliz éxito en la medida de los ángulos de posicion de las estrellas dobles, y en las dimensiones de sus magnitudes relativas. Muy ingenioso y sagaz era el sistema que habia adoptado, para ver de fundar una nueva clasificacion de las estrellas, sustituyendo con la escala fotográfica, ó sea la intensidad fotogénica de su luz, la escala de las intensidades ópticas apreciadas por la vista, consiguiendo de este modo la ventaja de reemplazar con medidas efectivas, las inciertas determinaciones con que hasta entonces se habian contentado los astrónomos. Al efecto, Mr. Bond descubrió, que siempre se desliza un tiempo de esposicion mas ó menos prolongado, dependiente del brillo de las estrellas, antes que se produzca huella alguna de accion de la luz sobre la placa de colodion.

Inmenso, vasto y dilatado, como se vé, es el horizonte que ofrece á la ciencia el porvenir de la fotografía celeste, pues que ya no es solamente la luna la que llega á inscribir su filiacion verdadera en ese registro de la inteligencia humana, sino que tambien el sol, ese astro superior de nuestro agrupamiento planetario, deja en él todos los dias una copia de sus manchas y fáculas, Saturno la deja de su misterioso anillo, Júpiter de sus bien concertados satélites, y hasta en 1858 el cometa de Donati, por medio de ese divino pincel del universo, dejó tambien una *prueba negativa* sobre el colodion de la placa del ferviente y apasionado artista Mr. Usherwood. Castor y Polux, el Alfa de la Lira y otras estrellas dobles y fijas han empezado á inscribirse tambien, dejando entrever á ese pobre nómada llamado hombre, la sublime esperanza de adivinar secretos y maravillas en distancias cuyo alcance hace muy poco le era imposible siquiera soñar.

Durante los dos años últimamente transcurridos casi en la mayor parte de los observatorios de Europa se han levantado fotoheliógrafos, y ya en las cúpulas de los mas importantes de estos venerandos edificios se está en nueva y continua confidencia con los mencionados astros, por medio de la fotografía, hija como dijimos de la luz, y al presente uno de los poderes mas fuertes de observacion para el hombre.

MIGUEL QUETGLAS.

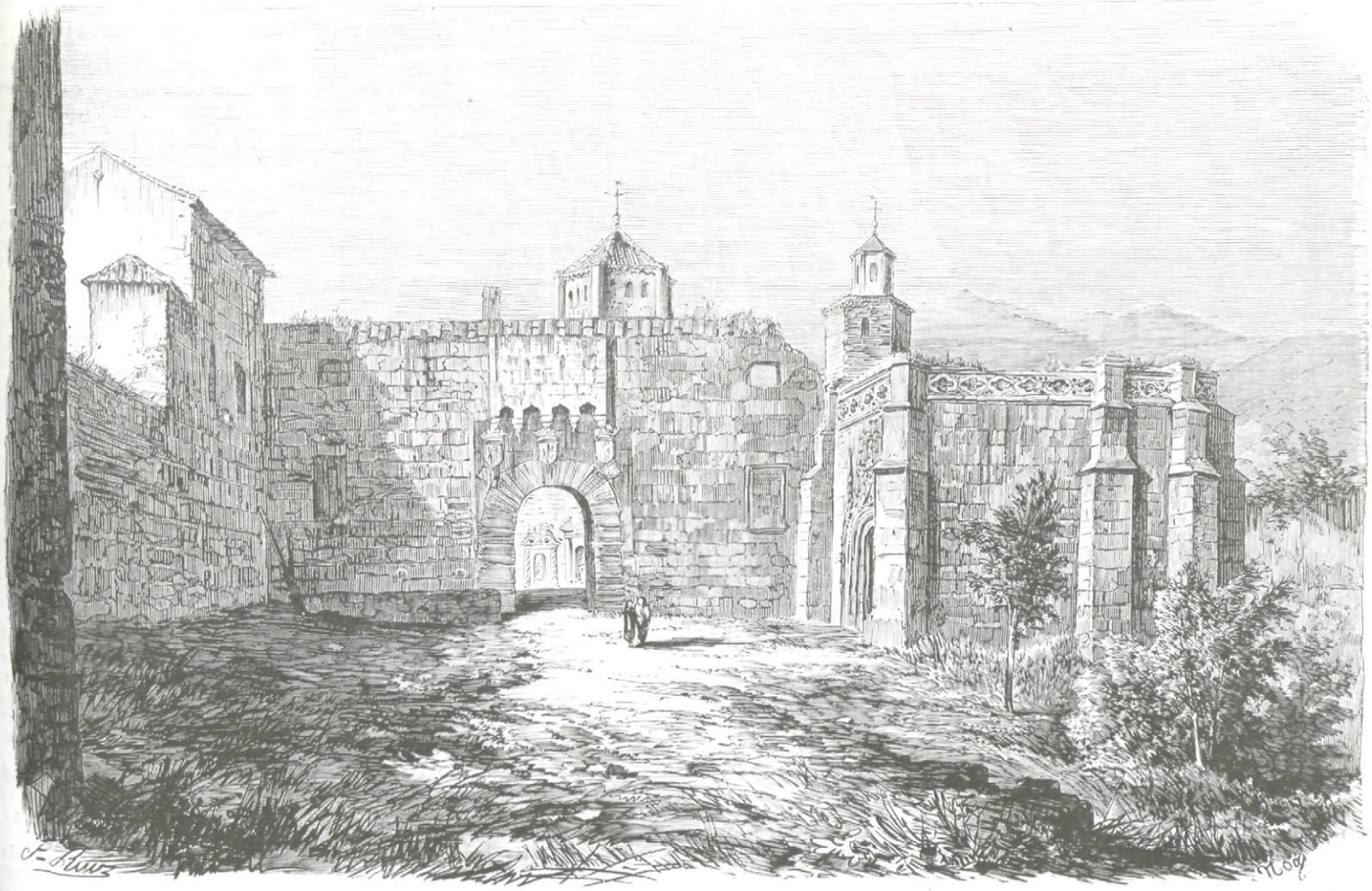
MR. JEFFERSON DAVIS, PRESIDENTE DE LA CONFEDERACION DEL SUR.

LA TORRE NUEVA

DE ZARAGOZA.

La torre Nueva de Zaragoza, cuyo grabado damos en este número, y que como la de Pisa, que daremos en uno de los próximos, es célebre por su inclinacion á uno de los lados, constituye uno de los mas notables monumentos que tenemos del siglo XVI.

Deseando el concejo de la ciudad tener un reloj que se oyera en toda ella, concibió el proyecto de colocarle en una torre tan alta, adornada y magnífica, que distinguiese á Zaragoza como metrópoli de todas las demás villas y ciudades de Aragon.



PUERTA DORADA Y CAPILLA DE SAN JORGE EN POBLET.

Consultóse para el caso á todos los maestros de obras de la ciudad, cristianos y moriscos; y en 31 de agosto del mismo año se resolvió fabricar la torre, aislada de todo edificio, en la plaza de San Felipe, frente á la iglesia de este nombre. Procedieron á levantar los planos los maestros Gabriel Gombao y Juan Sariñena, cristianos, Ince de Gali, judío, Ezmel Ballabar, y Monferriz, moros, el primero de los cuales fue el director principal de la fábrica. Segun el plano debia tener la torre un cimiento de cincuenta y seis piés de profundidad y una elevacion de doscientos noventa y siete desde el pavimento hasta la cruz. Jaime Ferrer, vecino de Lérida, se encargó al mismo tiempo de la fundicion de las campanas que debian dar las horas y los cuartos.

La obra quedó concluida en quince meses; mas luego en corregir defectos y añadir adornos se invirtieron cerca de siete años, no dándose por terminado todo hasta el de 1512.

La figura de la torre es octógona; su diámetro mayor, tiene cuarenta y cinco piés, su pared interior siete de grueso y tres la esterior, entre las cuales está una escalera bastante tendida de cuatro piés y ocho pulgadas de anchura, en forma espiral y alumbrada por ventanas á las alturas convenientes.

A contar desde el suelo el edificio, construido de ladrillo con diferentes labores y realces, se eleva en ocho lados hasta los dos tercios de su altura total; desde allí forma un polígono de diez y seis lados, constituyendo la línea divisoria ocho piedras labradas que han sustituido á los ocho escudos de armas de la ciudad primitivamente puestos. Sobre estas piedras cargan ocho torrecillas que se elevan hasta el plano superior, donde ocho ventanas de hermosos arcos de herradura dan salida á otros tantos balcones. El remate hasta 1749 estaba formado de pirámides terminados en bolas de piedra en los diez y seis ángulos, un capitel y veleta; pero en aquel año se proyectó y ejecutó una cubierta de tres cuerpos emplomada, que concluye con la espiga en que está colocada la campana del reloj, una bola y un arpon dorados, y por último la cruz. Así la altura de la torre es hoy de trescientos doce piés.

La inclinacion que se nota en esta torre por la parte del Sudoeste, es de nueve piés y medio. Empieza á notarse desde la elevacion de tres varas del suelo y sigue haciéndose visible hasta poco mas de los dos tercios de su altura. Desde allí continúa en línea perpendicular sin desnivel alguno.

CORONA AL SEÑOR GISBERT.

En la secretaría del Congreso se halla ya la corona que se acordó ofrecer por suscricion al señor Gisbert, autor del cuadro de los Comuneros, cuadro que reprodujimos en grabado en el tomo anterior. Hoy reproducimos esta corona que es bellísima, dando de ella una exactísima copia.

El dibujo de esta corona, obra maestra en su género, es del señor don Ponciano Ponzano, y la ejecucion ha estado confiada al inteligente don José Sanchez Pescador. Sobre una zona de oro capaz de ceñir las sienes del artista, se ostentan cinco florones de forma cóncava, colocados el mayor en su centro y dos á cada lado. Un broche sujeta esta zona, y en cada floron se ha colocado un color representado por una piedra preciosa: la perla, el topacio, el rubí, el zafiro y el azabache, representan estos cinco colores elegantemente engarzados y realzados por el bruñido de los florones: entre estos se ven hojas de roble indicando la robustez del dibujo y colorido, propios del artista. Al lado de cada floron y al pié de las hojas de roble aparecen pequeños ramos de mirto con sus capullos vueltos hácia las piedras. A cada lado del broche se ve una cinta de mallas de oro mate que en caracteres de dos centímetros de altura tiene esta inscripcion: *Al autor del cuadro de los Comuneros... la admiracion y el voto público MDCCCLX.*

Tanto el diseño como la ejecucion han sido perfectos, y creemos que el público, amante de las artes, quedará complacido al notar lo bien interpretados que han sido sus sentimientos por los encargados de reducirlos á práctica.

EL AMOR SIN ALAS.

IDILIO.

¿Por qué hay coquetas?

Un dia que me paseaba por los deliciosos montes de Idalia con la encantadora jóven Alina, encontré al *amor* que dormia encubierto con flores y ramas de mirto, las cuales se mecian blandamente á los alientos de los céfiros. Yo tenia entonces, gracias á esta casualidad, al *amor* en mi poder; su arco y aljaba estaban á su lado, y si hubiera querido habria podido robarle las *poderosas armas*. Alina tomó el arco del mayor de los dioses, puso un dardo, sin que yo lo advirtiese, y me le disparó.

Sentí su efecto, y le dije sonriéndome: «toma otro, y hazme segunda herida, porque esta ha sido demasiado suave.»

Quiso asestar otro dardo, pero se le cayó sobre el pié, y gritó... dulcemente.

Era este el dardo mas pesado que habia en la aljaba, volvió á tomarle, le hizo volar, me hirió... y yo me incliné.—¡Ah Alina! ¿quieres hacerme morir?

Me miró, y una sonrisa obtuve por toda contestacion.

Se acercó al amor; duerme profundamente, dijo: está fatigado de disparar dardos; voy á coger flores para prenderle los piés y las manos.

—¡Ah!... no puedo consentirlo, porque nos favoreció siempre.

—Tomaré sus armas, y le dispararé una flecha con toda mi fuerza.

—¡Inocente!... ¿no ves que despertará y no conseguirás tu deseo?

—¿Y bien que despierte? ¿Qué podrá hacernos? ¿herirnos?

—No: dejémosle dormir, permanezcamos á su lado, y quedaremos mas inflamados.

Alina tomó entonces hojas de mirto y rosas.

—«Quiero, dijo, cubrir con ellas al *amor*: los juegos y las risas le buscarán, y no podrán encontrarle.»—

En efecto, las arrojó sobre él, y reia... y gozaba en su delicia de ver al dios niño casi sepultado.

¿Pero con quién me divertiré yo ahora? balbuceó Alina triste.

Es preciso cortarle las alas, para que no haya sobre la tierra hombres volubles; porque este dios va volando y posándose de corazon en corazon, y derrama en todos el néctar de que se alimenta la inconstancia.

Tomó las tijeras, que pendientes de una cinta azul llevaba sujetas á la cintura, se sentó, y cogiendo con una mano la punta de las alas doradas del *amor*... se disponia á ejecutar su obra.

Sentí entonces mi corazon lleno de temor,... y grité:

—Detente Alina.

No me oyó: cortó la punta de las alas del *amor*, arrojó lejos de sí las tijeras... aquellas plumas las arrebató el aire,... y partió á correr.

Yo me creí envuelto en una pesadilla: la accion de Alina me habia dejado absorto.

Advertí que despertó el *amor*, que quiso volar, hendiendo los vientos, pero que no pudo; sintió un peso, que no habia jamás conocido. Reparó sobre las flores algunas de las plumas de la punta de sus alas... y se entristeció; él lloró, yo ni podia llorar ni reir: habia perdido hasta la sensibilidad.

. . . . . .

Despues de aquel estraño suceso, cuyo desenlace ignoraba, llegó á mi noticia el juramento del niño y cómo recuperó sus alas.

Por lo que pueda importar me dispongo á estamparlo, y valga por lo que valiere.

Júpiter, que vió al dios-niño desde lo alto del olimpo perder sus fuerzas y adivinaba la causa, le envió una nube, que elevándole, le condujo al palacio de Gnido, colocándole en el seno de Venus.

—Madre mia, la dijo, yo batia mis alas en vuestro seno, y me las han cortado. ¿Qué será de mí en adelante?

—Hijo mio, le contestó la diosa de Chipre, columándole de caricias, no llores, permanece en mi regazo, y no te muevas, que el calor te las hará renacer.

Mira: ya parecen mas grandes... muy pronto las contemplarás como antes.

Ya se descubren las puntas doradas... un momento mas... y serás libre

Vuela, vuela hijo mio.—Sí, madre mia, voy á hacer la prueba; y se lanzó al espacio.

En efecto, voló, se posó cerca de Venus, y subió despues á su regazo; volvió á tomar vuelo, fue á posarse un poco mas lejos, regresó al seno de la diosa.... y la abrazó.

Venus se sonrió.—

Cupido la pagó su gracia con una nueva caricia y la colmó de besos.—

Se lanzó en los aires... y desapareció.

. . . . . .

Para vengarse, Cupido de Alina, la hizo la mas inconstante de todas las hermosas, y con ella á cuantas se la parezcan.

¡Hay tantas en el mundo! Cada dia la abrasa en una nueva llama.

Ella amó á R.

A E... á F... á L... á T... De unos ha recibido el *precio* de sus *amores*.

De otros la prenda de su *cariño*.

De los mas... el desprecio.

¡Amor cruel!

No te canses en hacer sufrir á esa raza la pena de su crímen.—

¡Las coquetas!

He ahí la venida de ellas al mundo.

Porque existen esas mujeres.

Alina la predecesora.

De Alina sucesoras todas.

Cupido lo juró.

El dios-niño cumple su venganza.

Desde Cefisa á Alisia y desde esta á Lelia, todas vienen sufriendo el tormento.

La coqueta es como la adelfa.—Son hermosas sus flores; pero amargan.

Hablan... imitan... fingen; mienten.

¡Ay... del *pollo* que no se cuide de pincharse en el tallo, ¡le sucederá lo que al dios-niño!; pero, este tuvo *poder* que le volviera su tesoro; aquel, solo hallará... lo que es imposible volver.—

Huid de una coqueta, como de una enfermedad contagiosa, hermosas jóvenes, inocentes niñas.

Y vosotros, no os alucineis ni os alarmeis aunque las contempleis llorar.

Es el llanto del cocodrilo; es el ¡ay! lastimero de la fiera del Líbano.

Una coqueta lo estudia todo... para mentir.

Una coqueta goza con el padecer del que mas decanta que ama.

Todo su cuidado es sostener adoradores.

Todo su empeño, destrozar corazones.

Ni amistad, ni amor, ni dignidad en otros conoce.

Nada respeta; todo lo huella, con su carácter dominante; y solo se hace sumisa con el hombre, cuyo carácter no puede vencer.

Poned una coqueta donde ciento sean sus adoradores, y uno indiferente, y en este, la tendreis fija.

Despreciará á aquellos.—

Atenderá á este solo.

¿No acertais por qué?

Porque no posee su corazon: su ideal es...

Basta.

EDUARDO BORDIU.

Madrid 12 de junio de 1861.

LAS LLORONAS

COMO LA JUDIA DE ZARAGOZA, QUE CEGÓ LLORANDO DUELOS AGENOS.

Antiguo refran que aplicamos á aquellas gentes amigas de entrometerse en negocios estraños, abandonando los propios, y que sufren con este descuido quebrantos de consideracion.

Esta judía de Zaragoza seria una de aquellas mujeres que con los nombres de *endechaderas* ó *plañideras* se alquilaban á un tanto convenido para seguir llorando detrás de los entierros.

De aquí es que hay otro refran que se lee ya en la coleccion del Comendador griego que dice:

Tú no mi hermano, tú no mi primo,
Llórote por medio celemin de trigo.

Se hace mencion de estas lloronas de oficio desde la mas remota antigüedad.

Para espresar de un modo mas enérgico la desolacion que debia causar al pueblo judío la devastacion de la Judea, el profeta Jeremías dice que el Dios de Israel mandó á su pueblo hacer venir lloronas, que él designa bajo el nombre de *lamentatrices*. Este uso del pueblo hebreo pasó á las otras naciones, y sobre todo se conservó entre los griegos y entre los romanos.

Los griegos solian llamarlas *carinas* porque las mujeres de *Caria* eran las que particularmente se dedicaban á esta industria.

En varias pinturas y vasos antiguos se ven representadas las *carinas* levantando las manos al cielo, hiriéndose el pecho y en aparente actitud de arrancarse los cabellos, para espresar mejor el dolor de que suponian estar poseidas.

Los romanos llamaban *præfica* á la principal de cada comitiva de lloronas, porque era la que presidia á las lamentaciones, y la que daba á sus compañeras el tono de tristeza que convenia, segun la clase del difunto.

Los escritores antiguos llaman *atonia* al tono lastimero de las endechaderas alquiladas para llorar en los funerales. Semejante nombre es relativo al sonido ó canto bajo é interrumpido que caracterizaba aquella lúgubre melodía.

Las lloronas iban cubiertas con un velo y llevaban un vaso en que suponen algunos que recogian las lágrimas que vertian, mientras otros, y seguramente con mas fundamento, creen que en dichos vasos no llevaban sino bálsamos para derramar sobre los restos del difunto antes de ser reducidos á cenizas en la pira.

Algunos de estos vasos se encerraban dentro de las mismas urnas cinerarias; y como no se alquilaban lloronas sino para los entierros de los ricos, por esto no se metian ni se encuentran vasos lacrimatorios en las urnas de los pobres.

La costumbre de las lloronas en los funerales se conserva todavía en algunos pueblos del Norte, y fue un dia comun en España. Las esposas iban detrás del cuerpo del marido descabelladas, y las hijas tras el de sus padres mesándose los cabellos y dando tantas voces y gritos que en la Iglesia no dejaban hacer el oficio á los clérigos y por esto se las prohibió que fuesen.

La ley 100 de las Partidas título IV prohibiendo las plañideras dice entre otras cosas: *Eso mesmo decimos cuando tuviesen el cuerpo del muerto en la iglesia, que non deben llorar nin dar voces... mayor mente en cuanto*

dijeren la misa... et si alguno porfiare non queriendo dejar de lo facer, debénle echar luego fuera la iglesia...

En el romance del Cid donde consta su testamento se lee:

Item mando que no alquilen
Plañideras que me lloren;
Bastan las de mi Jimena
Sin que otras lágrimas compre.

V. Joaquin Bastús.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

ESCUPIR AL CIELO.

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE COMIENZA EL RETRATO DE ANGELITA.

Si alguno de los que la presente historia leyeren, piensa pasar por la calle donde vive Angelita, y conoce á esta, y quiere que no le vea, déjelo para la noche; y si le fuere forzoso pasar de dia, embócese hasta los ojos, y encasquétese el sombrero hasta las cejas, dando por supuesto que pertenezca al sexo masculino, pues perteneciendo al femenino, le aconsejo que se disfrace lo mejor que le sea posible, lleve mantilla de velo espeso con que taparse el rostro, y atraviese como un rayo el espacio que Angelita alcanza con sus ojos.

A los que no la conozcan, les diré que vive en casa de esquina, y ocupa un cuarto, con vistas á tres calles, desde cuyos balcones inspecciona gran parte de las inmediatas. Detrás de las vidrieras todo el santo dia, si alguna cosa urgente, ó las visitas, á que es muy aficionada, no le obligan á moverse, observa quién va y quién viene, quién entra y quién sale en las casas de su dominio visual; si la vecina de en frente madruga ó se levanta á las doce; si la de al lado riñe con su marido; si hay entierros ó bautizos en el barrio, y cuántos; si á Consuelo le es constante el novio, y si Mariana le echó al suyo un papel por el balcon: interesándole tanto lo que le rodea, como si fuese cosa propia.

Eternamente alerta en su atalaya, es el vigía que descubre los buques que se aproximan á aquellas costas; el centinela que echa el *¿quien vive?* á todo bulto sospechoso ó no sospechoso que por allí asoma; el anuncio que dice: *nadie pase sin hablar al portero*; el dependiente de resguardo, en fin, que, abusando de sus facultades, registra de piés á cabeza á todo el que se le acerca, lleve ó no contrabando.

Pero no se crea que limita su fiscalizacion á lo de afuera, sino que igualmente la aplica á lo mas recóndito, á lo mas íntimo de la casa en que tiene su vivienda. Ella sabe, y si no lo supiese lo averiguaria, quién sube y quién baja; cómo se llaman los inquilinos; de dónde son; qué son; lo que comen y lo que beben; lo que pagan y lo que deben; cuándo se mudan de camisa, y si se mudan: ella, como si le inspirase la caridad mas ardiente, adivina el estado de cada bolsillo, por señales que rara vez la engañan, y en que solamente las personas desocupadas suelen fijarse. De que la criada de un inquilino trae del mercado todos los dias una panilla de aceite, una vela de sebo, media libra de carne con hueso, pan del mas barato, y un puñado de patatas ó de avichuelas; de que nunca el surtido por mayor fue causa, que ella sepa, de las travesuras del gato, ni sirvió de regalo á los apetitos de los ratones, en el cuarto de dicho inquilino, deduce Angelita que el tal, no obstante el lujo de su esposa, tiene una racion de hambre y dos de necesidad. Los niños de otro andan siempre con los zapatos caidos y destrozado el pantalon ó la chaqueta, habiendo á dos pasos de la casa un famoso maestro de obra prima con una tienda que da gloria el verla, y un almacen de ropas hechas, que me rio yo de los de la calle Mayor: pues bien, estas circunstancias sirven de termómetro á Angelita para sospechar y aun asegurar escasez de fondos en la bolsa del padre de los párvulos.

Nadie la podrá decir con razon que *á muertos y á idos no hay amigos*, ni que *ausencias causan olvido*: su memoria es una memoria privilegiada, capaz de acordarse, no solo de los vivos, de los difuntos, y de los ausentes, sino hasta de los que están por nacer. Tendrá Angelita mil defectos (¿quién no tiene alguno?) pero lo que es de olvido no le remuerde la conciencia; justamente si por algo peca, si esto es pecar, es por acordarse demasiado de los que tal vez la olvidan á ella ó quisieran olvidarla. Ella es el archivo de un sin número de historias de Madrid; y cuando las relata, podeis estar seguros, de que lejos de incurrir en sensibles omisiones, las aumentará y amenizará con aquellos incidentes y comentarios que su fecunda imaginacion y dócil lengua le sugieren y facilitan.

Si á lo dicho añado que es una solterona ociosa, de cincuenta años, alta, blanca, séria, de ojos azules, con algunos bienes de fortuna, y no pocos de malicia; que ignoro si el diminutivo de Angela, con que la nombran sus conocidos, espresa temor ó cariño, ó es una galantería hácia su estado civil; y por último, que hallándose años há para casarse, la abandonó el novio, dias antes del señalado para la boda, y que tan estraño suceso es desde entonces un misterio; si todo esto añado, ya el lector sabe casi tanto como yo respecto de la figura, carácter y circunstancias de Angelita, que ha de ser Dios mediante, y mediante mi humilde ingenio, la heroina de esta que, aunque pareciere cuento, mas que cuento es verdadera historia.

CAPITULO II.

LA BOLA DE NIEVE.

—¿Cómo tanto bueno por mi casa?—esclama Angelita, saliendo á la antesala á recibir á su amiga doña Mariana, y á su hija Dolores, y besándolas con una especie de cariño rabioso.—Vamos, doña Mariana... ea, Lola... no permito... pasen ustedes delante, y siéntense. ¡Dichosos los ojos que ven á ustedes!

—Calle usted hija; estoy avergonzada—responde doña Mariana.—Con atender á la casa, muchas veces no le queda á una tiempo ni para cumplir con las gentes. Y eso—añade mirando á Dolores—que esta me ayuda; ¡pero ya se vé! la pobre, con su estómago á vueltas, hay dias que no tiene gusto para maldita de Dios la cosa.

—¡Vamos! ¡Vamos!—repone Angelita—¡Buenas pícaras son ustedes! ¿Me negarán ustedes que anteanoche fueron á Jovellanos á ver la zarzuela que se estrenó, y ayer al Retiro, sin contar con sus visitas á la de Rodriguez, el pasamanero, y á mi prima la de Mataluna?

—Hija,—observa doña Mariana—¿cómo se las gobierna usted que nada se le escapa? no parece sino que un duende...

—¡Oh! no; mi policía secreta. Pero dejemos esto á un lado, que no soy quisquillosa. ¿Conque Lola sigue delicadilla del estómago, eh?

—Sí señora—responde Dolores,—á veces el dolor me dobla, y lo mismo es tomar cualquier cosa, que volverla.

—¿Le han dado á usted la magnesia, las píldoras de Vichy, el...

—Ahora me curo por la homeopatía.

—¿Y cree usted en esa engañifa? .. No le arriendo la ganancia.

—Por probar ¿qué se pierde?—dice doña Mariana.—Ademas de nuestro médico (ya le conoce usted, don Ambrosio, aquel de la peluca entrecana,) la asiste otro; esta no queria; pero lo que yo la digo, mas ven cuatro ojos que dos.

—A mí, si le he de decir á usted la verdad, tanta desconfianza me inspiran los homeópatas como los alópatas; oye usted á unos, y despues de despacharse á su gusto, haciendo los mayores elogios de su sistema y de su práctica, ponen á los otros de ropa de pascua; oye usted á estos, y lo menos que dicen de aquellos es que son unos tales y unos cuales y su sistema una calamidad.

—¿Y qué ha de hacer una, Angelita?—esclama doña Mariana—¿dejarse morir?

—¿Quiere usted creerme, doña Mariana? Pues mire usted, el mejor remedio, acaso el único remedio para Lola, despues de tanto sufrir, es irse una temporadita al campo; ejercicio, mucho ejercicio; respirar aires mas puros; ver objetos diferentes, y tomar otros alimentos; pero en abundancia, que tripas llevan piernas, hija, y si se abandona usted dará consigo en tierra. ¡Cada vez que me acuerdo de Manolita Rubio, que tambien murió del estómago!

—¡No me disgusta la idea del campo, Angelita; pero á esta criatura se la come una tristeza!

—Eso no hay facultativo que lo cure, y como ella no ponga de su parte... qué sé yo que le diga á usted—observa Angelita, con un gesto que nada bueno pronostica;—pero repito que lo que le conviene es perder de vista cuanto antes las tapias de Madrid; no dejar que el mal se arraigue, porque las enfermedades entran por arrobas y salen por adarmes. A Lola le persigue una pasion de ánimo, cuya causa... En fin, la causa me la callo, ya que ustedes no han querido ser francas conmigo.

—Diga usted, diga usted; esclama doña Mariana.

—La causa es la ausencia de Juanito Robles, que, cuando se preparaba á venir de Logroño, despues de tanto tiempo como se ha estado por allá, héte aquí que solicita pasar á Africa... ¡hijas, admiro la condescendencia de ustedes que se lo consintieron, y precisamente en la época fijada para casarse con Lola! Este disgusto ha aumentado, como es natural, la indisposicion de la niña, y...

—Eso es lo que yo la digo, Angelita, y por lo mismo la aconsejo la distraccion; pero no puedo hacer vida de ella; ¡cabeza mas dura que la suya!...

—Pero mamá—dice Lola,—si las diversiones aumentan mi tristeza! ¡Te empeñas en unas cosas! ¿Qué me sucedió la otra noche en *Jovellanos?* Que á lo mejor, y sin sentirlo, se me caian las lágrimas, y llamaba la atencion de todo el mundo. ¡Jesús, qué vergüenza!

—Nada, nada, Lolita—repone la solterona, mirando alternativamente á sus dos interlocutoras, para observar el efecto que producen sus palabras;—ancha Castilla; no hay que tomar las cosas tan á pechos; á fe, á fe, raro será el militar que, al ausentarse de su novia, no diga: *si te he visto no me acuerdo*, y *tantas veo tantas quiero*.

Dolores baja los ojos y se pone mas pálida que la cera. Doña Mariana hace señas á Angelita, pisándola un pié, para que calle, y lo mismo parece querer pedirla con sus miradas; pero no es Angelita mujer que abandona fácilmente, hasta apurarla, una conversacion que la ofrezca atractivos, bajo cualquier aspecto. Háse aficionado á la del padecimiento de Lola y ausencia de Juanito Robles, y mal puede cortarla cuando le proporciona ancho campo en que lucir sus conocimientos patológicos, y el no menos curioso de los amores militares. Así, pues, sin atender á doña Mariana, que la devora con los ojos, y le hace ver las estrellas pisándola, prosigue en estos términos:

—No digo yo que no haya sus escepciones, y puede que Robles sea una de ellas, Lolita; yo hablo por mí, y le aseguro á usted que mejor daria mi mano á un memorialista que á un brigadier; pero aun en el supuesto de casarse con militar, cosa dificilísima, las pobres que así lo verifican se ven luego, la mayor parte de las veces, á causa de la frecuencia con que se mudan las guarniciones, solitas por esos caminos de Dios, montadas en miserables borricos, á la intemperie, ó bien dando tumbos y vuelcos en carromatos y galeras guiadas por hombres groseros y mal hablados, comiendo mal, durmiendo peor, y espuestas á toda clase de peligros. Pues ¿y si tienen hijos? Cada viaje es una verdadera desgracia para la infeliz que ha de cuidarlos y lidiar con ellos, y para el pobre que ha de mantenerlos. Mucho cuestan los militares, pero mucho les hacen gastar á la fuerza: solo en uniformes, es el cuento de nunca acabar, pues cada dia mandan uno nuevo; así es que generalmente, aunque tengan algo por su casa, siempre andan á tres menos cuartillo. Pues todo es tortas y pan pintado, en comparacion de lo que sucede en tiempo de guerra; entonces puede darse por contenta y dichosa la que, al fin de ella, conserva á su marido con una pierna de menos y algunos chichones de mas, aunque luego en recompensa de sus servicios se le envie á escardar cebollinos. Verdad es que ahora los hospitales no están mal montados, y que si, en caso de guerra, Juanito Robles, ya casado con Lola, recibe un balazo ó una cuchillada, esta señorita tendrá el consuelo de ver que no le falta á su esposo una cama en un hospital, donde morir á gusto y perfectamente asistido, hasta por hermanas de la Caridad, y todo, si es que no muere en el campo de batalla.

Doña Mariana ha estado tentada cien veces á levantarse, con el fin de evitar el martirio de oir cosas que para Dolores deben ser otros tantos flechazos: hásele mudado el color á cada momento, y ha mirado con ojos suplicantes á la solterona, quien, lejos de ablandarse, dispónese impávida á proseguir su elocuente discurso; pero la interrumpe doña Mariana, diciendo:

—¡Vaya, que no es tan fiero el leon como le pintan! En todas las carreras hay sus mas y sus menos; y si cuando una trata de casar á sus hijas, hubiera de ser muy escogida, de tal modo andan hoy las cosas que mas de cuatro habian de quedarse para vestir imágenes. ¡A usted le parece detestable la carrera militar! ¿pues, y la de abogado? Para cada pleito hay ciento; y hombre conozco yo que, viéndose sin ninguno, se dedica á cualquiera cosa que le dé aunque no sea mas que el pan nuestro de cada dia. Usted conoce á don Pascasio ¿eh? Pues bien: ¿qué se le figura á usted que hace don Pascasio?... Jaulas y ratoneras de alambre; otras veces se va por ahí de pesca á los pueblecillos, á cazar lo primero que salga, pues lo mismo se contenta con pardales que con perdices. De hambre no se ha de morir el pobre; lo que él dice; cosas del mundo; los abogados pescan y cazan, y los pescadores y cazadores, si cuentan con favor, despachan espedientes en las oficinas del Estado.

—Ese don Pascasio—pregunta Angelita—¿no es hermano de una gordiflona, sin dientes, habladora, si las hay, y muy amable?

—Sí señora.

—¿Creo que cose para fuera?

—Cose, y entiende de todo cuanto Dios crió. Este adorno que llevo á la cabeza lo ha hecho ella.

—Es un adorno de muchísimo gusto.

—Obra suya son tambien la capota y el vestido de la niña. ¡Oh, es mujer primorosa! Ya lo dice ella: «si yo tuviese una tienda ¿quién me tosería?» Dolores, levántate, y anda un poco, para que Angelita vea cómo te sienta el vestido.

Dolores da unos cuantos pasos por la sala, mientras doña Mariana dice:

—Observe usted, observe usted, Angelita.

—Hija ¡qué bien, y qué talle tan elegante!

—Y eso que el miriñaque no es exagerado como el de otras; algunas van tan sumamente huecas y pomposas, que no caben por las calles.

—No se le figure á usted, doña Mariana, que es por falta de misterio: ¡hay tanto que tapar!

—Vaya—dice doña Mariana, levantándose, al cabo de un ratito;—no dirá usted que la visita ha sido corta; nosotras seremos tardías, pero seguras.

Aquí se repiten los besos de unas y otras.

—No hay que venderse tan caras, doña Mariana; y

COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.

CESTAS Y CANASTILLOS.

menos con quien las quiere de corazon y las desea felicidades.

—Gracias, Angelita; que usted se conserve tan buena.

—Gracias, doña Mariana; adios, Lola, y aliviarse.

—Gracias; abur.

—Abur.

Salir doña Mariana y Dolores de casa de Angelita, y entrar Policarpo, que ha tropezado con ellas en la calle, todo es uno.

Policarpo es una pólvora; conócesele en la viveza de los ojos, en el hablar sin tregua, y en el constante movimiento de todo su cuerpo, aunque esté sentado, por lo cual dice muchas veces Angelita que parece que tiene hormiguillo. Quítase Policarpo el sombrero, toma una silla, se enjuga el sudor del rostro con un pañuelo de seda, pone una pierna sobre otra, saca un puro, lo enciende, y dice entre chupada y chupada:

—Ahí abajo he encontrado á doña Mariana y su hija; ¿salian de aquí?

—Si señor; han venido á verme, segun ellas; pero, por mas que lo disimulaban, á cien leguas se conocia que su intento era lucir la madre el adorno, y la hija la capota y el vestido. ¡Qué irrisiones! Aquello tan cargado de verde, no es adorno, ni Cristo que lo fundó; es una lechuga. En cuanto á la chica, su capota embiste... ¿Y el miriñaque?.. ¡Vamos, atroz, atroz! Algunas personas parece que siempre llevan contrabando. Pero ¿qué he dicho, Dios mio! Me olvidaba de que me oye usted, y de que delante de usted no se puede hablar de Dolores.

—¿Por qué no, señora?

—Porque usted siempre ha sido uno de sus apasionados, y defenderia á capa y espada, no digo sus defectos, sino hasta los pliegues de su vestido.

—Esa historia es ya muy antigua, Angelita; en algun tiempo me gustó Lola; pero hoy aseguro á usted bajo palabra de honor...

—Sí, sí, no lo ignoro; le dió á usted calabazas ¿eh?; interrumpe de repente Angelita, riéndose como una tonta.

—¿Quién le ha dicho á usted...

—Una persona muy íntima de Lola, á quien sin duda lo habrá oido ella, sin que esto sea afirmarlo; es una simple cavilosidad mia. Le dió á usted calabazas poco antes de sus relaciones con Robles. ¿Cómo cayó usted en el garlito?.. Supongo que para declararse á ella le asistirian á usted razones poderosas, pruebas de simpatías, de afecto...

—Efectivamente, no me faltaban motivos—responde Policarpo, en tono de misterio—para prometerme que... en fin, mas vale callar.

Policarpo ningun motivo tenia para esperar otra cosa que una repulsa de Dolores; pero el despecho le obliga á espresarse ahora en esos términos. Deseando, sin embargo, dar otro giro á la conversacion, continúa:

—¿Con qué el miriñaque de Dolores...

—Es usted muy curioso, Poli; ya no le digo lo que iba á decirle, porque como está picado con Lola por lo que acabamos de hablar, podria usted tomar pretesto de mis palabras mas inocentes para interpretaciones que están muy lejos de mi ánimo. Y ya que dejemos en paz al miriñaque, le participaré en cambio dos noticias, que ignoro si serán ó no de su agrado, pero que, para mí al menos, son las dos únicas novedades del dia. Primera: que Lola padece horriblemente del estómago; palabras de la misma enferma.

—Dispense usted, señora; el color envidiable de su rostro, es una protesta contra semejante padecimiento.

—Pues ahí verá usted lo que son las cosas. Segunda: trata de irse al campo á pasar una temporada. Créame usted, Poli; no arquee usted las cejas, y se sonria tan maliciosamente.

Policarpo, que lejos de arquear las cejas y de sonreirse, está serio, inmóvil y abstraido, contra su costumbre, como quien medita algo que mucho le interesa, pero que adivina el alcance de las palabras de la solterona, responde:

—Acaba usted de revelarme un secreto que morirá conmigo.

—¿Qué secreto, criatura? esclama Angelita, fingiendo candorosa admiracion.

—No tema usted, amiga: usted me conoce demasiado, y así puede vivir en la firme inteligencia de que el secreto ha caido en un pozo sin fondo.

—Mire usted que me formalizo, Poli; aquí no hay mas secreto que lo que acaba de oir, sin quitarle ni ponerle una coma; esto es, que Lola padece del estómago, y que proyecta una espedicion campestre. ¡No sea que el deseo de vengar las calabazas le haga á usted ver visiones y fabricar castillos en el aire!

—Descuide usted, Angelita.

El discreto lector habrá adivinado ya que se trata de levantar una calumnia, y que hay materia para ello, puesto que hay los dos principales elementos; el inventor, y el agente para propagarla. El inventor es Angelita, de cuya fecunda imaginacion ya di una breve noticia en el primer capítulo de esta historia; y el heraldo Policarpo, que, entre otras habilidades, posee hasta la perfeccion la de saber circular con rapidez pasmosa la noticia que á él llega, rapidez solo comparable con la del telégrafo eléctrico. Policarpo miente sin consuelo, y con tanta fé, que en varias ocasiones llegó á creer, como verdades innegables, patrañas inventadas por él mismo: además, habla por los codos; pero fuera de esto, y de su aficion al juego y á la bebida; fuera de su lengua viperina, por no haber dado aun con la horma de su zapato; fuera de su audacia y de su insolencia, á causa tambien de lo de la horma, es mozo bastante digno de aprecio. Unicamente le falta á la calumnia quien la crea; pero es el caso que el número de los crédulos de las cosas malas abunda en la sociedad, la cual parece obedecer á un secreto impulso acogiendo hasta con ánsia cuanto desconceptúa á sus miembros, y rechazando lo que les enaltece. Y lo que se observa en la sociedad en conjunto, se observa tambien en el individuo aislado, con poquísimas escepciones.

El indicar á Policarpo, del modo que se lo indicó, lo relativo á la enfermedad de Dolores y al proyecto de espedicion al campo, conocia demasiado Angelita que era lo mismo que anunciarlo en los *periódicos de Madrid ó dar un cuarto al pregonero*, y no se proponia ella otra cosa.

Al despedirse Policarpo, le dice la solterona:

—Cuidado con lo que se habla, Poli; mucha prudencia, que palabra que se suelta es como piedra que se tira.

—Es usted demasiado buena, Angelita, y demasiado generosa.

—Lo que es en eso no me hace usted mas que justicia, aunque me esté mal el decirlo. No concibo cómo hay personas que solo por capricho causen la desgracia de sus semejantes.

—Tampoco yo lo comprendo; así es que, á pesar de las sospechas de usted, que cree que voy á vengarme del desaire de Lola, juro olvidarlo para siempre, como si nada hubiera sucedido.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

Saluda Policarpo á su digna amiga, y baja á saltos la escalera, deseando ya poner por obra el proyecto que le ocurrió en la visita, y que, como hemos visto, le tuvo pensativo un buen rato. En una palabra, la calumnia, que nace ahora, visible solamente para dos personas, va, comunicándose á otras muchas en la sociedad, á adquirir proporciones terribles, como la bola de nieve que, pequeña en su principio, rodando, rodando, rodando, rodando crece hasta el estremo de distinguirse desde larga distancia, y derribar y destruir cuanto se le pone por delante.

(Se continuará.)

1860.—VENTURA RUIZ AGUILERA.

GEROGLÍFICO.

La solucion en el número próximo.

AVISO.

Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovarlo si no quieren esperimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.